

una gran expresividad íntima. Aquella expresión social tan atípica puso todo patas arriba y desapareció tan rápido como había llegado.

## V DE VIVIENDA

La segunda fuerza sin nombre apareció con «V de vivienda». Era el año 2006; aquél año España construyó más viviendas que Francia, Italia y Alemania juntas. Esto provocó la mayor burbuja económica de la historia de nuestro país: la burbuja inmobiliaria. Fue el tiempo en el que los bancos ofrecían hipotecas a 40 años a todo aquél que se acercase por sus oficinas. 40 años de tu vida pagando un sitio donde vivir. La situación era del todo insostenible (muy parecida a la de ahora, por otra parte) y esa insostenibilidad pronto adoptó la forma de correo anónimo que saltó como una liebre de buzón en buzón a lo largo y ancho de internet. El correo era escueto, tan sólo decía esto: «Por el fin de la especulación inmobiliaria y por el derecho a una vivienda digna, el próximo domingo sentada en todas las plazas de España». De nuevo una voz anónima expresando un dolor y un malestar compartido por muchos. La única diferencia con la movilización de los atentados fue que esta nueva fuerza sin nombre no desapareció tan rápido.

La primera sentada fue todo un éxito. Miles de personas respondimos al llamamiento tomando las plazas de las principales ciudades españolas. Todos los que acudimos experimentamos el gozo que se siente cuando te empuja la potencia de estar juntos. El domingo siguiente se repitió la operación, y así durante unos cuantos. Esta sucesión de convocatorias anónimas comenzó a conformar una especie de movimiento espontáneo; por primera vez una fuerza anónima y multitudinaria aspiraba a sostenerse en el tiempo, y eso trajo consigo el problema de la visibilidad.

En cierta manera, el movimiento por una vivienda digna apareció ocultándose. Como nombre eligió «V de vivienda», una broma, un juego de palabras con el comic y la película *V de Vendetta*. Esta elección vino guiada por la

voluntad explícita de no ser nombrado, ni representado, ni tan siquiera identificado. «V de vivienda», en realidad, no significaba nada y precisamente por eso, por no ser nada, cabía todo el mundo en su interior. De esta capacidad inclusiva y nada identitaria era de donde manaba toda su fuerza, la fuerza sin nombre. Pero al tratar de sostenerse en el tiempo la cosa se complicó, y «V de vivienda» se vio en seguida forzado a adoptar una identidad concreta y fácilmente reconocible por los medios de comunicación si quería seguir manteniendo la «cuota» de visibilidad que, por sorpresa, había ocupado con su irrupción pública.

Nosotros teníamos algo de experiencia con los problemas que se derivan del hecho de ser visible. Tanto Las Agencias como Yomango nos habían enseñado unas cuantas cosas al respecto. Así que decidimos tomar cartas en el asunto. Si para seguir estando presentes en el espacio mediático necesitábamos ahora definirnos y adoptar una imagen, nos propusimos dar con una que desgastase lo menos posible aquella fuerza que nos había dado el hecho de no tener nombre. Nos pusimos a trabajar. La cosa no era nada fácil: dar con un imaginario común en esas concentraciones de personas tan distintas no era en absoluto sencillo.

Tras varios tanteos, nos dimos cuenta enseñada que tratar de dar con una característica común a todos nosotros era tarea imposible. La gente no llegaba a aquellas concentraciones movida por una ideología común, no éramos sólo de izquierdas o de derechas, o, si lo éramos, aquella no era la condición principal que definía aquellas concentraciones, como tampoco lo eran el género, la edad o la raza. Por fuera, aquellas concentraciones eran radicalmente heterogéneas. Así que decidimos cambiar de plan y comenzamos a buscar algo común a todos por dentro. Preguntamos a cientos de personas distintas qué sentían cuándo de un modo u otro se enfrentaban a la situación de la vivienda. Queríamos ver si había algo en el interior de todas aquellas personas tan distintas que representase, de algún modo, un terreno común desde